236

Caída de los ángeles... Los demonios...

Todos los ángeles fueron creados en estado de gracia o amistad divina, y antes de gozar de la visión beatífica fueron sometidos a una prueba moral para merecerla.

Los que hicieron buen uso de los dones concedidos por Dios y salieron airosos de la prueba recibieron como recompensa la eterna felicidad del cielo (Mt. 18,10; Tob. 12,15; Heb. 12,22; Apoc. 5,11; etc.).

Los ángeles caídos, llamados demonios o malos espíritus, los que se rebelaron contra Dios, fueron lanzadoss al infierno «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron...» (2 Ped. 2,4; Judas 6; Mt. 25,45).

La prueba a que Dios los sometió, fue al parecer en que debían adorar todos al Verbo encarnado: *«Adórenle todos sus ángeles»* (Heb. 1,6); mas creyéndole como hombre inferior a ellos, le negaron la adoración...

En esta prueba cayeron muchos de su estado de gracia. Jesucristo dice que «no permanecieron en la verdad» (Jn. 8,44). Quisieron ser iguales a Dios. El profeta Isaías se burla de su soberbia, diciendo: «¿Cómo caíste del cielo, estrella de la mañana? Tú que decías en tu corazón: ¡Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas de Dios... Seré semejante al Altísimo! ¡Mas ahora has bajado al infierno! (Is. 14,12).

Un gran combate se trabó en el cielo. Miguel y sus ángeles peleaban contra el demonio y los suyos. Y el demonio fue arrojado de allí con sus ángeles, y no halló más su lugar en el cielo» (Apoc. 12,7-9)...

Cuando los ángeles buenos peleaban contra los malos exclamó Miguel: ¿Quién como Dios? (En hebreo: Mi-ka-él).

Los ángeles malos o demonios «fueron creados buenos

por Dios, pero se hicieron malos por su propia culpa» (Conc. IV de Letrán). El jefe de los ángeles caídos o demonios es Satán, Lucifer (el que lleva la luz), porque a lo que parece era uno de los ángeles más encumbrados, y lo da a entender esta frase de Jesucristo: «¡Id... al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles!» (Mt. 25,11).

237

El Arcángel San Gabriel

Gabriel significa «Varón de Dios», «Fortaleza de Dios» o bien «Dios fuerte». El fue el escogido por Dios para llevar un mensaje a la Virgen María, o sea, el de anunciarle el misterio de la Encarnación.

San Gregorio Magno pregunta por qué este ángel fue preferido a otros ángeles para anunciar este gran misterio, y contesta: «Es que la Encarnación del Hijo de Dios es un misterio tan sublime y tan difícil que Dios ha intervenido con todo su poder».

El arcángel San Gabriel, tomando forma humana, se acercó con profunda humildad y reverencia ante la Virgen que se hallaba en su casita de Nazaret, sin duda en altísima contemplación, y le dijo: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo».

Ella, al oír tal salutación, se turbó y discurría qué podría significar aquella salutación. Entonces le dijo el ángel: «No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo»... (Lc. 1,26-31).

Al contestarle María que cómo podrá ser madre sin perder su virginidad, y oírle ésta la explicación de que concebirá por obra del Espíritu Santo, Ella le dio su con-

formidad, y al decir: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra,* el ángel se retiró.

En el libro de Daniel se dice explícitamente que el ángel Gabriel es el que explicó al profeta algunas visiones (Dn. 8,16 s: 9,21). El arcángel San Gabriel está asociado a los últimos tiempos (Dn. 8,17-17) y también vemos en el Evangelio de San Lucas que se apareció al sacerdote Zacarías para anunciarle la próxima venida de San Juan Bautista (Lc. 1,11 y 19).

A este arcángel se le menciona en diversos textos litúrgicos antiguos. En el siglo IX apareció su fiesta unida a la de la Anunciación. Su fiesta la extendió Benedicto XV a toda la Iglesia. En la reforma del calendario hecha por Pablo VI en 1969, se trasladó su fiesta al 29 de septiembre, uniéndola a la de San Miguel y San Rafael.

238

El Arcángel San Rafael

Rafael, cuyo nombre en hebreo significa «medicina de Dios» es uno de los siete ángeles que están en la presencia de Dios (Tob. 12,15; Apoc. 21,9). En el libro de Tobías, uno de los más instructivos y bellos del Antiguo Testamento aparece el ángel Rafael. Su historia puede verse en este libro.

Tobías era ya anciano y se había quedado ciego, y queriendo arreglar antes de su muerte los negocios de familia, dijo a su hijo, llamado también Tobías: «Cuando tu aún eras niño presté diez talentos de plata a Gabelo en Ragués, ciudad de los medos, y tengo en mi poder el recibo firmado de su mano. Debes procurar el modo de ir allá y cobrarle dicha suma de dinero, devolviéndole el recibo».

Salió, pues, el joven Tobías y encontró no lejos de su

casa a un esbelto joven, como quien está a punto de emprender viaje. Tobías no sospechaba que era un ángel puesto a su disposición por la Providencia. «¿Sabrías tú, le dijo, el camino para ir a la ciudad de Ragués? Sí, yo lo sé y conozco a Gabelo», respondió el ángel. Luego entraron ambos en casa del anciano Tobías, y el ángel le animó diciendo que tuviera buen ánimo y que pronto será curado por Dios, y que él acompañaría a su hijo...

El anciano Tobías fue un hombre observador fiel de los mandamientos de Dios y practicaba con todas las obras de misericordia... Dios estaba con él, y lo estuvo con su hijo, cuyo viaje emprendido fue feliz. Por medio del ángel cobró la deuda, y le elige a Sara, mujer bella y discreta, por esposa, siendo única heredera (Tob. 6,9 ss)... y al regresar a su casa le da la vista a su anciano padre... Y al tratar de la recompensa que habían de darle, padre e hijo acordaron darle la mitad de sus bienes al santo varón que le había acompañado en el viaje, y éste les dijo: «Bendecid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes...», y se les reveló diciendo: «Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor» (12,6-15). «No temáis. Por disposición de Dios estaba entre vosotros. Bendecidle y cantad sus alabanzas».

239

Conocimiento y poder de los ángeles

Los ángeles son más notables que los hombres, pues, como dice San Agustín, sobrepujan en perfección a todos los demás seres creados por Dios.

Al decir Jesucristo que *«ni aún los ángeles conocen el día y la hora del último juicio»* (Mt. 24,36), da a entender que los ángeles saben más que los hombres.

También los ángeles son superiores a los hombres en

poder y fuerza (2 Ped. 2,11), y por eso con frecuencia se les llama «potestades y virtudes» (1 Ped. 3,22). Un solo ángel bastó para quitar la vida a todos los primogénitos de Egipto (Ex. 12,29). También un sólo ángel quitó en una noche la vida a 185.000 asirios del ejército del rey Senaquerib (Is. 37,36). Además tienen especial poder sobre los elementos, pues Dios suele obrar sobre las fuerzas inferiores por medio de las superiores.

Ejemplos: Tienen, pues, poder sobre el fuego (un ángel libró de él a los tres jóvenes en el horno de Babilonia (Dn. 3,49); sobre el agua (un ángel movía el agua de la piscina probática y hacía que recobrase la salud el primer enfermo que entraba en ella depués del movimiento (Jn. 5,4); sobre el aire (un ángel llevó por el aire al profeta Habacuc para dar de comer a Daniel en el lago de los leones (Dn. 14,35); y algo semejante sucedió con el apóstol San Felipe, después del bautismo del eunuco de Cancedes (Hech. 8,39); sobre la tierra, y así ésta tembló cuando el ángel descendió sobre el sepulcro de Cristo resucitado (Mt. 28,2).

Los ángeles son también de gran hermosura y majestad, como se ve en la descripción que hace San Juan en el Apocalipsis, de la aparición que tuvo varias veces de un ángel que llegó a creer por dos veces que era el mismo Dios (19,10; 20,8). También tenemos el ejemplo de Daniel (4,8).

También Dios concede y permite al demonio especial poder sobre ciertos hombres virtuosos para que se purifiquen de sus imperfecciones y se humillen como conviene.

240

Los malos espíritus o demonios

Los espíritus o ángeles malos que se convirtieron en

demonios, por pecar contra Dios, son nuestros enemigos. Muchos santos afirman, que los hombres hemos de ocupar las sillas dejadas vacías en el cielo por los malos ángeles, esto es, obtener su felicidad; de ahí nace su envidia y el querernos arrastrar al mal.

Santo Tomás dice que la envidia de que una criatura formada de la tierra haya de ocupar su puesto en el cielo, atormenta al demonio más que el fuego del infierno. Y San Basilio dijo que «como el demonio nada puede contra Dios, por eso dirige su rabia contra el hombre, imagen de Dios».

Una mirada que echemos sobre la historia de los pueblos, nos muestra que Satanás pretende quitarnos todos los bienes: la religión, la libertad, la instrucción, el bienestar, la paz y todo bien. El probó vg. de seducir a Cristo, y pervirtió, con efecto, a los primeros padres en el paraíso y a Judas (Jn. 13,27).

El demonio puede, con permiso de Dios *dañarnos* también en los bienes temporales, como dañó a Job en su hacienda y salud, y dañaba a los endemoniados en tiempos de Cristo. También se esfuerza, sobre todo, en destruir la Iglesia (Mt. 16,18)). Ya dijo Jesucristo a sus apóstoles: «Satanás ha pedido licencia para cribarnos como el trigo» (Lc. 22,31).

El demonio es como un león rugiente que anda dando vueltas, bucando a quien devorar (1 Ped. 5,8); más no podrá dañar realmente al que guarda los mandamientos de Dios y no quiere pecar. Como dice San Agustín: «El perro atado a una cadena, no puede morder al que no se le acerca, por más que le ladre».

Los malos pensamientos que nos sugiere el demonio se han de rechazar con energía. Por eso dice el apóstol Santiago: «Resistid al demonio y huirá de vosotros» (Sant. 4). Cristo lo depidió con pocas palabras, diciéndole: «Retírate de mí, Satanás» (Mt. 4,10). Hay que despre-

ciar, dice San Juan Crisóstomo, la tentación y al tentador, aplicando enseguida el ánimo a otra cosa, sin dejarse estorbar ni turbar.

241

Misión de los ángeles buenos

La misión primaria de los ángeles buenos es la glorificación y servicio de Dios. La Sagrada Escritura invita a los ángeles a que alaben a Dios, y testifica que, por medio de la alabanza de estos espíritus, Dios es glorificado: «Bendecid al Señor, todos vosotros, ángeles suyos...» (Sal. 103,20) (Sal. 149,2; Dn. 3,58; Heb. 1,6; etc.).

El servicio de Dios redunda en alabanza del mismo. Como mensajeros de Dios, los ángeles son los encargados de transmitir a los hombres revelaciones y encargos de la divinidad (Lc. 1,11 y 26 s; Mt. 2,13; Hech. 5,19; etc.).

La misión secundaria de los ángeles buenos es proteger a los hombres y velar por su salvación. Todos los ángeles, dice la Escritura, se hallan al servicio de los hombres: «¿No son todos ellos espíritus servidores, enviados para servicio de los que han de heredar la salvación?» (Heb. 1,14).

Según Orígenes, «es parte esencial de las enseñanzas de la Iglesia que existen ángeles de Dios y poderes buenos que le sirven a El para consumar la salvación de los hombres».

Dios creó a los ángeles para que eternamente le alaben y bendigan y para que cumplan sus mandamientos y guarden a los hombres.

De los ángeles buenos tenemos que decir que ellos ven eternamente el rostro de Dios y le alaban en la bienaventuranza. Así nos dice Jesucristo de los ángeles custodios de los niños: *«Yo os digo que sus ángeles en el cielo, ven*

siempre la faz de mi Padre, que está en el cielo» (Mt. 18,19). Y como los ángeles ven claramente la Majestad de Dios, prorrumpen en su alabanza y entusiasmo, en himnos de alabanza. Recuérdese el triple «Santo, Santo, Santo es el Señor...» de los serafines (Is. 6,3) y los cantos de los ángeles en los campos de Belén, la noche de Navidad...

Los santos ángeles son de una «hermosura extraordinaria». «Si un ángel, dice San Anselmo, se hiciera visible en el firmamento, entre tantos soles cuantas son las estrella, los oscurecería a todos, a la manera que oscurece a las estrellas el sol».

242

El ángel de la Guarda

Es doctrina católica, sostenida por los teólogos en general, que no sólo cada creyente, sino cada hombre (también los infieles) tienen desde el día de su nacimiento un ángel de la guarda particular.

Tal creencia tiene su fundamento bíblico en las palabras del Señor al referirse a los niños, pues habla de *«sus ángeles»* (Mt. 18,10): «Mirad que no despreciéis a uno de esos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre que está en los cielos».

En Heb. 1,14, leemos que los ángeles «son enviados por Dios para servicio de los que han de heredar la salvación», y como todos estamos destinados a ser tales herederos, parece ser que todos tenemos un ángel que nos sirve y nos guarda.

También es creencia de los Santos Padres, que no sólo los individuos en particular tienen su ángel de la guarda,

sino también cada nación, cada ciudad e Iglesia tiene el suyo.

– *Tertuliano* escribe: «Nosotros creemos que los ángeles son los cutodios de los hombres». - Y *Orígenes* añade: «Sí, siempre está a nuestro lado un ángel que nos dirige, nos gobierna y corrige, él es el que presenta al Señor nuestras oraciones y buenas obras».

– *San Basilio* también afirma: «Cada uno de los fieles tiene a su lado un ángel como educador y pastor que dirige su vida».

– *San Jerónimo* comentando la palabras de Jesucristo en Mt. 18,10, dice: «¡Cuán grande es la dignidad de las almas, que cada una de ellas, desde el día de su nacimiento tiene asignado un ángel para que la proteja!».

Seamos devotos de nuestro ángel custodio, no olvidando que está a nuestro lado, y a este fin le recemos con toda devoción:

Angel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor, con amorosa piedad, a mí que soy vuestro encomendado, alumbradme hoy, guardadme, regidme y gobernadme. Amén.

243

Dos relatos bíblicos

El sacrificio de Isaac. *Dijo Dios a Abraham: «Anda, toma a tu único hijo Isaac, al que tanto amas, y ve a la tierra de Moriah, a ofrecérmelo allí en holocausto...». Al día siguiente se levantó Abraham muy temprano, aparejó su asno, y cogiendo consigo a su hijo Isaac, se marchó con él al lugar que Dios le había dicho. Cuando iban cerca, dijo Isaac a su padre: «Llevamos el fuego y la leña, pero ¿dónde está la res para el holocausto?». Abraham contestó: «Dios proveerá, hijo mio».*

Cuando llegaron al lugar, ató Abraham a su hijo, le puso la leña y cogiendo el cuchillo levantó el brazo para degollarlo. Pero en aquel momento, le gritó el ángel de Yahvé, diciéndole: «Abraham, no extiendas tu brazo contra el niño, ni le hagas daño, porque ahora has demostrado que temes a Dios, pues por El no has perdonado la vida de tu único hijo» (Gén. 22).

244

Balaam es detenido por un ángel. *«Se levantó Balaam muy temprano, aparejó su asna y se fue con los príncipes de Moab. Pero a Dios no le gustó que fuese, y el ángel de Yahvé se puso delante de él en el camino para cortarle el paso... El asna al ver al ángel con la espada en mano en medio del camino, se salió dando un rodeo por medio del campo; pero Balaam, que no veía al ángel, se enfadó con su asna y se puso a fustigarla para obligarla a entrar en el camino. Por tres veces detuvo el ángel el asna de Balaam, y por tres veces éste la castigó enfadado. Por fin Dios abrió la boca del asna y dijo a Balaam: «¿Por qué me pegas ya por tercera vez?...». Entonces Dios abrió los ojos a Balaam y viendo al ángel de Yahvé, se postró echándose sobre su rostro...* (Núm. 22,21-36).

DOCTRINA DE LA GRACIA

245

Reconciliación de los hombres con Dios

Jesucristo, con su pasión y muerte nos redimió del pecado y nos reconcilió con Dios, mereciéndonos la gracia y la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria. Así nos lo dice San Pablo:

Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo (Rom. 5,10). El es el que quita los pecados del mundo (Jn.1,29).

La reconciliación con Dios proporciona gracia y paz al alma, pues rehace la amistad con Dios perdida por el pecado. La verdadera reconciliación trae ruptura con el pecado, que es la causa de enemistad entre Dios y los hombres.

Cuando San Pablo dejó de ser blasfemo y perseguidor de la Iglesia, dijo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy...* (1 Cor. 15,10).

246

¿Qué entendemos por gracia? En primer lugar diremos

que la palabra *gracia* significa algo que se da gratuitamente. Y «gracia de Dios» es cualquier don o beneficio recibido de la liberalidad de Dios, vg. la creación, la salud, la educación cristiana, etc. son favores o gracias que Dios nos da, y que están pidiendo nuestro más profundo reconocimiento.

Mas aquí por «gracia» queremos significar un *don sobrenatural, una ayuda* que Dios nos concede para que podamos santificarnos y alcanzar la vida eterna.

Las fuerzas naturales del hombre no son suficientes para obtener la eterna felicidad, lo cual nos declaran las siguientes comparaciones:

– En el huerto hay un árbol alto. El niño levanta sus manos para coger las frutas, pero no llega a ellas. Entonces viene el padre, toma al niño en sus brazos y lo levanta hasta que las alcanza. Lo propio acontece al hombre: por medio de sus fuerzas naturales no puede alcanzar la felicidad sobrenatural; es necesario que el Espíritu Santo le preste su gracia.

– Como nuestros ojos no pueden divisar objetos muy lejanos sin el auxilio del telescopio, así mis débiles fuerzas naturales, mi inteligencia y mi voluntad, necesitan un auxilio sobrenatural para alcanzar la bienaventuranza. Este auxilio es la gracia del Espíritu Santo, la cual es para el alma, lo que el telescopio para el ojo (F. Spirago).

El Espíritu Santo reparte las gracias que Cristo nos mereció por el sacrificio de la cruz (Rom. 5,5) y sin su auxilio no podemos hacer obra alguna meritoria para la vida eterna.

247

¿Podemos realizar todos obras buenas? Todos las podemos realizar, y es más, el hombre *en pecado mortal* o sin gracia santificante, puede realizar algunas obras mo-

ralmente buenas, o sea, conformes con la razón y la naturaleza humana como tal. Esto lo niegan los protestantes. Según ellos, la naturaleza humana fue de tal manera corrompida por el pecado original, que cuanto haga el hombre en el orden moral es siempre y necesariamente pecado, ya que dimana de una raiz mala y viciosa.

Mas contra esta doctrina hablan los siguientes textos: 1) Dios exhorta a los pecadores a que oren: Eclo. 21,1; 2) les recomienda que hagan penitencia y den limosna: Ez. 18,20; Dan. 4,24; 3) una vez hechas las obras, las alaba, vg. la oración de Manasés, rey impío (2 Cr. 33,11-13), y la oración del publicano (Lc. 18,13,ss). En estos textos podemos ver que Dios exhorta a los pecadores a obrar bien y alaba las obras una vez hechas. Luego el pecador puede hacer algunas obras buenas, y si él coopera a las inspiraciones de Dios puede lograr la gracia necesaria de salvación.

Notemos que la gracia de Dios no podemos propiamente merecerla con nuestras obras, porque entonces ya dejaría de ser gracia (Rom. 11,6); pero las obras buenas son necesarias para que se nos conceda, porque, como dice San Agustín: «Dios que te creó sin ti, no te salvará a ti».

248

Gracia actual

La gracia divina es, como podemos observar, un beneficio o don sobrenatural, gratuitamente concedido por Dios a la criatura racional en orden a la consecución de la vida eterna, en consideración a los méritos de Jesucristo, para que cooperando con él, consigamos la salvación.

Hay diversas clases de gracia. La división más común

es en gracia *actual y habitual.* Empecemos por dar la explicación de la gracia actual.

Gracia actual es un don o auxilio sobrenatural, *transitorio,* por el cual Dios ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad para evitar el mal y obrar el bien. Este don o auxilio pasajero puede llegarnos a través de una charla, un sermón, predicación del Evangelio, una buena lectura, una muerte repentina, etc. de las que Dios puede valerse para incitarnos o movernos a obrar el bien.

249

Unos ejemplos: San Antonio Abad (m. 356) oyó predicar el Evangelio, movido por las palabras de Cristo: *«Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme»*, distribuyó sus riquezas entre los pobres y se retiró al desierto, llevando vida pobre y sacrificada, llegando a ser gran santo.

– *San Francisco de Borja* (m. 1572) ante el cadáver de la emperatriz Isabel, una vez descubierta la caja donde iba su cuerpo, al verlo tan feo, desfigurado y maloliente, una luz divina cambió su corazón y dijo: «Nunca más servir a señor que se pueda morir», y poco depués abrazó el estado religioso, entrando en la Compañía de Jesús.

Otros, debido a enfermedades y diveros padecimientos, a lectura de buenos libros, cambiaron de vida y llegaron a ser santos como *San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús,* etc.

250

La gracia actual, dice San Agustín, es una luz que ilumina y conmueve al pecador. No hay que dejarla pasar. Los ciegos de Jericó clamaron a Jesús que pasaba junto a ellos, si lo hubieran dejado irse sin pedirle auxilio, allí

hubieran permanecido ciegos. La gracia puede ser *externa* e *interna.* La *externa* es todo beneficio que no entra por los sentidos e influye moralmetne en nosotros. La *gracia interna* es la que influye intrínsecamente en nosotros y obra físicamente o de modo inmediato en las potencias del alma. Sin la gracia interna no podemos hacer actos meritorios para la vida eterna. (La gracia externa se ordena a la interna como a su fin).

251

Necesidad de la gracia actual. La gracia actual *interna* nos es tan necesaria que sin ella no podemos empezar ni llevar a cabo ninguna obra buena, como el pájaro no puede volar sin alas, así nosotros no podemos hacer actos sobrenaturales ni hacer nada en orden a nuetra salvación sin el auxilio de la gracia actual interna.

La iluminación *mediata* del entendimiento que se realiza naturalmente por *medios externos,* cuales son: la doctrina revelada, las lecturas, sermones, etc., no basta para hacer actos saludables o buenos y meritorios de vida eterna, sino que es necesaria una *iluminación inmediata e intrínseca* del entendimiento y también fortalecimiento o impulso de la voluntad, pues, como dice el Concilio II de Orange: «el hombre, por la fuerza de la naturaleza, sin iluminación o moción del Espíritu Santo, no puede pensar como conviene algo bueno que se refiera a la eterna salvación, ni puede escogerlo ni asentir a la predicción del Evangelio. Los textos siguientes comprueban lo dicho:

«No es que nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros, sino que nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor. 3,5).

«Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar» (Fil. 2,13).

252

Jesucristo dice: *«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... Sin MI NADA podéis hacer»* (Jn. 15,5). En este texto se nos dice claramente que aun el justo para realizar actos saludables necesita el auxilio interno de la gracia actual. Bajo la imagen de «la vid y de los sarmientos» se nos enseña que sin Cristo nada podemos hacer en orden a la salvación. Aquí se establece comparación entre la vida y los sarmientos, entre Cristo y los hombres.

Ahora bien, los sarmientos sin la vid no pueden físicamente tener actividad alguna, y esto mismo hemos de decir del hombre que no esté unido a Cristo, que es Vid en orden de salvación, pues de El parte el influjo sobrenatural de la gracia, sin la cual no es posible «llevar o hacer fruto», o sea, hacer actos meritorios ni saludables, pues *«sin Mi nada podéis hacer»*.

En consecuencia: se necesita la gracia interna de Dios. Los elementos externos nada aprovechan al sarmiento, si éste no está unido con la vid. Así nada aprovecha al hombre si éste no permanece internamente unido a Cristo.

Sin el auxilio de la divina gracia no podemos creer, ni esperar, ni amar, ni orar, ni arrepentirnos, ni hacer la menor obra buena (1 Cor. 12,3: Conc. Trento).

253

Voluntad salvífica de Dios y la predestinación

El Espíritu Santo distribuye gratuitamente la gracia actual. El Conc. II de Orange enseña que no hay méritos que precedan a la gracia. San Agustín, defendiendo el carácter gratuito de la gracia contra los pelagianos, dice: «¿Por qué (es llamada) gracia? Porque se concede gratuitamente, porque no precedieron tus méritos». La iniciati-

va en la obra salvadora parte de Dios. La gracia «preveniente» es una primera gracia que nadie puede merecer. Es puro don de Dios (Rom. 3,24).

Dios da la gracia actual a todos los hombres: ya herejes, ya gentiles o incrédulos y a los grandes pecadores, porque, como dice San Pablo: *Dios quiere que todos los hombres se salven...* (1 Tim. 2,4). También la Escritura nos dice: *«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (Ez. 23,11) y quiere que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3,9), Luego él le da la gracia suficiente y necesaria para que puedan ser salvos.

254

El hombre puede con la gracia del Espíritu Santo *cooperar o resistir* a ella. Saulo se convirtió en el apóstol Pablo, cooperando con la gracia (Hech. 9,1; 1 Cor. 15,10); el joven rico la resistió (Lc. 18)... Una auténtica conversión no se verifica sin la libre cooperación del hombre (Mt. 7,21; 19,17). Por eso la Escritura nos amonesta: *«Hoy, si oís la voz de Dios* (que os llama a penitencia, a un cambio de vida), *no endurezcáis vuestros corazones en la maldad»* (Sal. 95,8).

El que coopera con la gracia, alcanza otras gracias mayores; mas el que la resiste, pierde otras gracias y queda sujeto a severo juicio.

Conviene también advertir que el Espíritu Santo no nos violenta, sino que nos deja entera nuestra libertad, es decir, «el hombre es libre bajo la acción de la gracia». *«Ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal, y se le dará lo que quiera»* (Eclo. 15,17-18). «Dios mueve e incita para que el hombre quiera libremente arrepentirse, amar y hacer el bien» (S. Agustín). «Dios respeta mucho la libertad humana, y no la destruye aun cuando el hombre la emplee en el crimen» (Ketteler).

255

¿Por qué unos se salvan y otros se condenan? Esta cuestión que ofrece sus dificultades, se suele tratar bajo el nombre de «predestinación y de reprobación»; mas es necesario tener muy en cuenta que todo hombre ha recibido de Dios el don de la libertad y la ha recibido para obrar el bien. Dios ve el bien y el mal y por ellos premia o castiga.

¿Qué es predestinación? San Agustín dice que «es una presciencia con la que Dios ha previsto lo que haría». Preguntemos ahora:

¿Puede Dios de antemano ordenar a unos a la vida eterna y a otros a la condenación eterna?

Respondemos. En la Biblia vemos que en Dios hay una predestinación de los justos: *«Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo»* (Mt. 25,34).

También vemos que Dios rechaza a algunos hombres de la gloria eterna: *«Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus mensajeros»* (Mt. 25,41); pero tenemos que añadir que Dios no rechaza a nadie de antemano al infierno, sino depués de preveer sus culpas.

256

Para mayor inteligencia tengamos presentes estos principios:

1.º *Dios quiere que todos los hombres se salven* (1 Tim. 2,4) y El murió por todos (2 Cor. 5,15).

2.º Dios no nos da el cielo *gratis* (2 Ped. 1,10). Hay que trabajar con temor y temblor por nuestra salvación y guardar los mandamientos para alcanzarlo (Fil. 2,12; Mt. 19,17).

3.º El cielo (preparado desde la eternidad) Dios lo da

por la práctica de las obras de misericordia (Mt. 25,34).

4.º Dios reprende por no correponder a su gracias (Is. 5,4; O. 13,9; Mt. 11,20-21)...

257

Conforme a estos principios decimos:

1) Si Dios quiere que todos se salven y, por lo mismo, da las gracia suficientes para que se salven (y de hecho *reprende* a los que no corresponden a ellas), es porque a nadie quiere condenar positivamente antes de la previsión de sus culpas.

2) Dios, como dueño de todas las gracias, puede dar más a unos que a otros, pero a nadie condena sin su culpa. «Bueno es Dios, dice San Agustín, justo es Dios; puede salvar a algunos sin méritos porque es bueno; pero no puede condenar a nadie sin su culpa, porque es justo».

3) «Dios supo absolutamente de antemano que los buenos habían de ser buenos por su gracia y que por la misma habían de recibir los premios eternos, y previó que los malos habían de ser malos por su propia malicia... Los que se pierden no es porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos» (Conc. Valent. 321).

4) ¿Es que Dios ya lo ve y lo sabe todo? Esto es cierto, pero no porque lo sabe o lo ve suceden las cosas, sino porque las cosas suceden, Dios las ve... (Véanse núms. 21 y 22). En Dios no hay futuro, sino que todo es presente, El no prevé como nosotros, sino que lo ve..., mas la visión de Dios no presiona la voluntad del hombre.

258

Alguno dirá: Si Dios sabe que algunas personas se condenan, ¿por qué las creó? Dios ha creado un mundo

del cual se derivan males, pero también muchos bienes, y mejor es existir o ser que no ser. Nos hizo un bien al crearnos, y si nos condenamos es por el mal uso de la libertad que nos fue dada para hacer buenas obras y merecer.

Preguntaron una vez a un niño de escuela: «¿Quién creó los demonios?». Y él contestó rectamente: «Dios los hizo ángeles, pero ellos se hicieron demonios». Esto sucede exactamente con el hombre que se condena.

259

LA GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE

Importancia de este tema

El tema de la «gracia» y su valor es uno de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra *para que las almas tuvieran vida* (Jn. 10,10), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Esta vida se opone al «pecado mortal», el cual se llama así porque acarrea males innumerables, y el mayor es *dar muerte al alma.*

Por el bautismo se nos quita el pecado original (véase n.º 403 y 421) y los que uno tuviera al bautizarse, y quitado todo pecado, el alma queda embellecida con la gracia santificante. Por esta gracia queda unida a Cristo como el sarmiento a la vid. De este modo podrá circular por el que la recibe la savia divina, la gracia santificante que nos hace hijos de Dios y vivir en amistad con El. La gracia santificante es, pues, una *savia divina* que viene de Jesucristo a través de los sacramentos. La primera gracia nos viene por el bautismo.

260

Nombres de la gracia habitual. La gracia «habitual» es aquella por la que el hombre se «santifica» y se «justifica»; de ahí que reciba estos nombres:

1) *Habitual* porque permanece en el alma como un «hábito».

2) *Justificante,* porque borra los pecados que nos hacían enemigos de Dios, y

3) *Santificante,* porque nos comunica una nueva vida sobrenatural y nos hace santos y gratos a Dios.

261

El gran sabio P. Astete define la gracia santificante en su Catecismo de esta manera: «La gracia es *un ser divino* que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo». Dice que es «un ser divino», no porque sea parte de la divinidad (cosa imposible), sino porque es un ser tan excelente, que nada hay en todo lo creado que se asemeje más a la divinidad, ni participe más de ella... La gracia es un «ser» divino, que viene a nosotros, algo que viene de Dios, «es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza» (Conc. Trento).

Entonces Dios viene a vivir en nosotros, pues nos convierte en templo suyo, y nos transforma, nos cambia, como cuando viene la corriente eléctrica a la bombilla que la deja cambiada, brillante y resplandeciente.

(Vamos ahora a fijarnos en los términos de otra definición la que nos da M.M. *Arami* en su libro: *«Vive tu vida»,* porque nos ofrece gran claridad para acabar de comprenderla algo mejor).

262

¿Qué es la gracia santificante? Es un don sobrenatu-

ral, –interior– permanente, –que Dios nos concede–, por mediación de Jesucristo, –para nuestra salvación.

1) *Es un don sobrenatural.* La gracia santificante es un «don de Dios», es la vida sobrenatural del alma. Un día dijo Jesús a la mujer samaritana: «Si conocieras el *don* de Dios, y quien es el que te pide de beber, tu misma le hubieras pedido a El, y El te hubiera dado agua *viva»*... «Quien bebe de esta agua (del pozo de Jacob) volverá a tener sed; pero el que beba del agua que Yo le diere no tendrá jamás sed. El agua que yo le de se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna» (Jn. 4,4-15). «Si alguno tiene sed venga a Mi y beba» (Jn. 7,37)...

El agua viva es un don *sobrenatural,* y *sobre-natural* quiere decir que está por encima de la naturaleza humana, que excede las exigencias y méritos de la misma.

«Un cuerpo y un alma: he ahí al hombre en el orden natural; *un cuerpo y un alma, y además la gracia santificante:* he ahí al hombre en el orden sobrenatural».

263

El cristiano que viven en gracia, posee no sólo la vida vegetativa, sensitiva e intelectiva, sino la vida sobrenatural. Esta vida «sobrenatural» es algo añadido a la vida natural». El siguiente ejemplo nos lo aclara:

La borriquilla de Balaam habló (Núm 22; 2 Ped. 2,16). Lo natural es que sintiese los palos del profeta, porque la sensibilidad le es propia. Pero, ¡que un animal empiece a hablar! y responda al profeta diciendo: «¿Por qué me pegas?... Esto no es natural del animal. El lenguaje en él es algo añadido a su naturaleza, un algo *sobre-natural.* Así también la gracia santificante es algo añadido a nuestra naturaleza, algo *sobre-natural* que comunica al alma una vida divina.

Este don de la gracia nos hace ángeles y nos asemeja a

Dios. Ella aventaja a todos los bienes naturales de hermosura, riquezas y placeres (Sab. 7,8).

264

2) *La gracia es un don interior e invisible.* No es tu modo de vestir lo que me dice que estás en gracia, ni tu posición social, fortuna, carácter, modales distinguidos... Un hombre puede estar vestido de harapos y tener un alma bella, y al contrario, otro que viste elegantemente tener un alma negra por el pecado.

3) *La gracia santificante es un don permanente* (1 Jn. 3,9). Reside en el alma mientras no se cometa un pecado mortal. Al morir desaparece la hermosura corporal, las dignidades, los honores, mas lo que tiene valor permanente ante Dios es el alma en gracia, y por ésta se salvará y será premiada.

Margarita de Cortona en sus mocedades, al no encontrar a su seductor, observa que la perrita que le acompañaba por todas partes se le acerca insistentemente. Dando unos aullidos lastimeros, el animalito se le agarra al vestido de Margarita, y la obliga a seguirle. Al llegar junto a un montón de hojas, que separa con las patas, la perrita ladra.

Se acercó entonces Margarita y... ¿qué es lo que ve? El cadáver del que buscaba, ya en descomposición. Corren abundantes sus lágrimas, mas luego se convierten en llanto de arrepentimiento, y se dice: «¡Insensata! ¡Aquí tienes lo que preferías a Dios!». Desde aquel día convertida en penitente, se dio cuenta que los bienes naturales pasan, mientras la gracia santificante permanece; recupera el estado de gracia, y concluye por ser una santa.

265

4) *La gracia santificante nos es dada por mediación*

de Jesucristo. El para enriquecernos de ella, se encarnó y nació en un pesebre y pasó su vida oculta en Nazaret, y predicó el Evangelio, y padeció pasión ignominiosa aceptando el suplicio cruel de la cruz. ¡Cuánto sufrió!..., y todo por mi, porque viviese en estado de gracia o amistad divina, porque tuviese vida sobrenatural.

Preguntemos ahora: ¿Cuánto vale mi alma en estado de gracia? ¡Los sufrimientos, la sangre, la vida del Hijo de Dios!... *«Jesucristo ha lavado nuestros pecados con su sangre»* (Apoc. 1,5).

5) *La gracia santificante nos es otorgada para conseguir nuestra salvación.*

Esta gracia difiere de los carismas; don de milagros, de profecía y de lenguas, concedidos para realizar la salvación del prójimo.

La gracia, que se nos da para nuestra propia salvación, supera a todos estos dones, por cuanto estos pueden subsistir con el pecado mortal, y la gracia es incompatible con él.

266

La gracia vida del alma. En nosotros hay dos vidas: una *natural* y otra *sobrenatural.*

El principio interno de la vida natural es el alma, es decir, el alma anima al cuerpo, y éste sin el alma es un cadáver.

El principio de la vida sobrenatural es *la gracia,* esto es, la gracia es el alma de nuestra alma.

Por tanto, la gracia habitual es la propia vida del alma, y sin ella ésta sería un cadáver. Hay, pues, quien vive y en realidad está muerto, es como un cadáver ambulante (Apoc. 3,1).

267

EFECTOS DE LA GRACIA SANTIFICANTE

Como no sabemos decir en qué consiste la gracia santificante, al igual que no sabemos en qué consiste la luz eléctrica, y lo que sabemos de ésta es por sus efectos, esto mismo tenemos que decir de la gracia, o sea, darla a conocer por sus efectos, que son los siguientes:

1.º *La gracia nos justifica.* En el momento en que la gracia santificante entra en nuestra alma, ésta queda *justificada,* esto es, purificada de todo pecado, renovada y embellecida.

Por «justificación» entendemos el paso o traslado del estado de pecado al estado de gracia, lo que equivale a verdadera remisión de los pecados.

La Biblia concibe esta remisión de los pecados como verdadera y completa supresión de los mismos, y emplea las expresiones de *borrar, lavar, quitar de en medio, purificar,* etc. (Sal. 51,3-4; Hech. 3,19; 22,16; Miq. 7,18; Jn. 20,23).

Por la gracia santificante quedan, pues, borrados, suprimidos y aniquilados todos los pecados mortales, el original y los actuales, sean crímenes horrendos o delitos de la clase que sean.

Dios no vuelve a acordarse de nuestros pecados (Ez. 18,22): *«Nada habrá digno de condenación en el pecado»* (Rom. 8,1). La gracia y el pecado mortal son incompatibles en el alma.

La Biblia presenta además la justificación como *un nuevo nacimiento de Dios* y una regeneración o nueva vida sobrenatural (Jn. 3,5; Tit. 3,5), como nueva creación y santificación, etc.

268

Concepto de la justificación en el protestantismo. El punto de partida de la doctrina de Lutero sobre la justificación es la persuasión de que la naturaleza humana quedó completamente corrompida por el pecado de Adán y de que el pecado original consiste formalmente en la concupiscencia.

La justificación la concibe Lutero como un acto judicial o forense por el cual Dios declara justo al pecador, aun cuando éste siga siendo en su interior injusto y pecador. La jutificación según su faceta negativa, no es una verdadera remisión de los pecados, sino una simple no-imputación o encubrimiento de los mismos.

Según su faceta positiva, no es una renovación o santificación internas, sino una mera imputación externa de la justicia de Cristo.

La condición subjetiva de la justificación es la *fe fiducial,* es decir, la confianza del hombre, que va unida con la certidumbre de su salvación, en que Dios misericordioso le perdona los pecados por amor a Cristo (L. OTT. *Manual de Teología).*

Esta doctrina sobre el mero cubrimiento o no imputación de los pecados y de la imputación externa de la juticia de Cristo, fue condenada como herética en el Concilio de Trento.

269

Concepto de justificación en el catolicismo. La «justificación» según la doctrina católica, como hemos dicho, es el paso o traslado del estado de pecado en que nacen los hijos de Adán al estado de gracia y de adopción entre los hijos de Dios por medio de Jesucristo, salvador nuestro (Dz. 796).

– Es traslación de muerte a vida (1 Jn. 3,13), del estado de tinieblas al estado de luz (Col. 1,3; Ef. 5,8). –Es, como dice el Concilio de Trento, una «santificación o renovación del hombre interior», y por ella el hombre se convierte «de injusto en justo, y de enemigo en amigo de Dios».

– Es, pues, una renovación interior del alma mediante la infusión de la gracia santificante, la cual nos purifica y nos santifica (1 Cor. 6,11). Con ella se verifica en nosotros una regeneración, una renovación (Ef. 4,23), un nuevo nacimiento (Jn. 3,3).

270

Necesitamos cooperar. No basta que confiemos en que el Señor lo hará todo, pues *«no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial»* (Mt. 7,21). Y ¿cuál es la voluntad de Dios? Jesucristo nos lo dice: *«si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

Reconozcamos que la redención es obra de Dios y que el llamamiento que nos hace a la fe, parte primeramente de Dios, pues es un don suyo. Por tanto entendamos bien estos textos de la Escritura santa. Cuando nos dice: *«Volveos a Mi y Yo me volveré a vosotros»* (Zac. 1,3); *pedid y recibiréis* (Mt. 7,7); *cree en el Señor Jesús y serás salvo* (Hech. 16,31); *despierta y Cristo te iluminará* (Ef. 5,14)..., es una previa conversión que Dios pide al hombre y al pedírsela ya se encuentra éste bajo el influjo de la gracia actual. Y por lo mismo las exhortaciones, que dirige a los pecadores (Ez. 33,11), para que se conviertan, presuponen, como es natural, la posibilidad de convertire con la ayuda de la gracia divina. Por consiguiente, si el hombre coopera o correponde a ese llamamiento divino (pues es

libre bajo el influjo de la gracia), se le darán ulteriores gracias.

271

¿Cómo nos justificamos? Hemos de reconocer que todos nacemos en pecado y para justificarnos o salir del estado de pecado tenemos el «sacramento del bautismo», pues él es la causa instrumental de la primera justificación.

Los niños reciben la gracia de la justificación o gracia santificante en el bautismo sin cooperación alguna personal; mas los adultos para obtenerla deben: 1) *Cooperar con la gracia actual* o primer llamamiento de la conversión, la que Dios da a todos *ordinariamente* por la predicación del Evangelio.

Esta siempre nos previene y se nos da gratuitamente, sin mérito de nuestra parte. 2) *Disponerse* a hacer lo que Dios quiere, o sea, *recibir el bautismo* (o el de la penitencia si ya estuviera bautizado). 3) *Conocer a Jesucristo* y tener fe en El y en su doctrina.

Y por eso el Conc. de Trento dice que «la fe es fundamento y raíz de la justificación», y esta fe es la llamada *fe dogmática o teológica,* que consiste en aceptar y creer la persona de Jesucristo, y aceptarla por la autoridad de Dios que la revela.

No basta la *fe fiducial,* como dicen los protestantes, en el sentido de tener confianza en la misericordia de Dios, que ya satisfizo por todos; mas los textos que aducen no excluyen la fe dogmática, que es indispensable para salvarse (Mc. 16,16; Rom. 10,17).

La confianza en la misericordia divina es consecuencia necesaria de la fe en la verdad del Evangelio o revelación divina.

272

Tenemos que saber que la gracia borra el pecado, nos purifica de toda mancha grave, pero aunque la gracia de Dios sane el espíritu del hombre, no por eso sana su carne en la que queda el estímulo del pecado, o sea, la concupiscencia. Por eso, aun en los grandes santos queda la inclinación a lo malo contra la cual hay que luchar hasta la muerte.

La concupiscencia, como dice San Agustín, puede disminuirse en esta vida, pero no aniquilarse. Esta se nos deja, para que conozcamos cuán pernicioso es el pecado, y para que tengamos ocasión de ganar nuevos méritos para el cielo en la lucha contra nuestra naturaleza corrompida.

273

2.º La gracia nos hace partícipes de la divina naturaleza. Por la gracia santificante nos hacemos *«partícipes de la divina naturaleza»* (2 Ped. 1,4) o del ser divino en la forma explicada (n.º 261), entrando así en una inefable comunicación con El, comunicación misteriosa, pero cierta y real.

Por la gracia se comunica a nuestra alma una vida sobrenatural, la vida divina, quedando *como divinizados,* según la expresión de Santo Tomás.

Cuando el Espíritu Santo se infunde en nosotros, nos unimos íntimamente con Dios como el hierro que enteramente está penetrado por el fuego. El que tiene el Espíritu Santo, está tan unido con Cristo, como el sarmiento con la vid (Jn. 15,5). Nosotros, pues, podemos decir que somos semejantes a Dios, según cierta analogía, o sea, en cuanto que Dios es el ser por esencia, las criaturas lo son por participación.

274

3.º La gracia nos comunica luz y belleza. Por dicha participación o unión íntima con Dios, el alma se hace más bella y resplandeciente. Como dice el Conc. de Trento, la gracia santificante es como una luz cuyo replandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza. Si se deja que el fuego obre libremente sobre el hierro penetra en él y le comunica cualidades del fuego; lo hace replandeciente y encendido y lo pone como un oro. Así en nuestra alma cuando penetra el Espíritu Santo en ella por la gracia, pues se vuelve más hermosa con cierta luz y resplandor.

San Juan Crisóstomo se expresa así: «El que recibe la gracia se cambia espiritualmente, como si un hombre estropeado y desfigurado por la enfermedad y la vejez, por un repentino milagro, recobrara el aspecto de su juventud y hermosura, y quedara adornado con la púrpura real y el cetro».

275

4.º La gracia nos hace hijos de Dios y herederos del cielo. Todos los que son movidos por el Espíritu divino son hijos de Dios. Ser contados entre los *hijos de Dios* es el más alto honor. No hemos recibido el espíritu de servidumbre, sino el de hijos, con que clamamos: *¡Abba!* (¡Padre!) (Rom. 8,14-15). Mas si somos hijos de Dios, también sus herederos: *herederos* de Dios y coherederos de Cristo (Rom. 8,17).

Los hijos tienen derecho a pretender la herencia de su padre. Sabemos que *«cuando se disuelva esta habitación terrena* (de nuestro cuerpo) *tenemos otro edificio de Dios, una casa no hecha por mano de hombre y que está en el cielo».* (2 Cor. 5,1).*«Ved cuán grande es el amor que Dios*

nos tiene, pues que ha querido no sólo que seamos llamados hijos, sino que lo seamos» (1 Jn. 3,1).

276

Nosotros somos hijos de Dios *por adopción,* pues Dios tiene sólo un Hijo *por naturaleza:* la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Sin embargo nuestra filiación divina, mediante la gracia santificante, es superior a la *adopción humana o legal.*

Cuando un hombre adopta a un hijo, le da su nombre, sus títulos, su herencia; mas no puede infundirle su sangre. Dios no se limita a darnos un título y ciertos derechos a una herencia, sino que nos hace partícipes de su propia naturaleza y de su vida propia. La gracia santificante nos hace nacer, *«no de sangre humana, ni de voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino de Dios»* (Jn. 1,18).

Por la gracia recibida en el bautismo nos hacemos *hijos adoptivos...* y así con toda razón podemos llamar a Dios: *«Padre nuestro»...* La gracia es semilla de vida eterna. «La gracia y la gloria, dice Santo Tomás, son del mismo género, porque la gracia no es otra cosa que el comienzo de la gloria en nosotros... y la gracia que nosotros poseemos aquí abajo contiene un germen todo lo que es necesario para la gloria, como la semilla del árbol contiene lo que es necesario para que llegue a ser árbol perfecto».

277

5.º La gracia nos hace amigos y hermanos de Cristo. Entre Cristo y nuestra alma en gracia se establece una amistad sobrenatural e íntima, no pasajera, sino permanente mientras detestemos el pecado y éste no anide en

nuestras almas: *«Vosotros,* dice el Señor, *sois mis amigos si hacéis lo que os mando* (y lo que nos manda es que guardemos sus mandamientos para vivir en gracia)... *Ya no os llamaré siervos, sino amigos»* (Jn. 15,14-15).

Por la justificación dice el Conc. de Trento, «el hombre se convierte de enemigo en amigo de Dios» (Dz. 899). El mismo Jesucristo también nos llama «Hermanos suyos», y así dice San Pablo: *«A los que son santificados, Jesucristo no desdeñó llamarlos hermanos»* (Heb. 11,11) y a la Magdalena dijo: *«Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre»* (Jn. 20,17). El es el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8,29). De lo dicho se deduce que Jesucristo es nuestro hermano mayor y nosotros sus hermanos menores, que compartimos con El la herencia paterna...

278

6.º Por la gracia somos templos de Dios. «El Espíritu Santo mora, en primer lugar, en el alma del justo y le da la verdadera vida; mas como el alma está en el cuerpo, también el se hace habitación del Espíritu Santo» (S. Agustín). El Espíritu Santo habita en toda alma en estado de gracia y en ella permanece mientras no se expulse por el pecado mortal, y así dice el apóstol: *«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?»* (1 Cor. 3,16).

La Iglesia nos dice que El es el «dulce huésped de nuestra alma». La Escritura nos exhorta a que *no apaguemos* el Espíritu (1 Tes. 4,19) por el pecado mortal, y que no *le entristezcamos* por el pecado venial.

También podemos decir que somos templo de la Santísima Trinidad, porque San Juan nos dice: *«Si alguien me ama* (esto es si cumple mis mandamientos y está en gracia), *vendremos a El* (¿quiénes?, las tres divinas Perso-

nas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que sólo hacen un Dios), *y estableceremos nuestra morada dentro de él»* (Jn. 14,23). *¡Nunca estamos solos!* ¡Bello pensamiento para nosotros en las horas de tentación, de abandono, de soledad!

En el Padrenuestro decimos: «Que estás en los cielos: los cielos son en la tierra los justos, (dice San Agustín), porque Dios mora en ellos».

279

Propiedades del estado de gracia. Estas son: 1) Incertidumbre, 2) desigualdad y 3) posibilidad de perderla.

1) *Incertidumbre.* El justo no posee certidumbre del estado de gracia sin una revelación particular de Dios. La Escritura nos dice: *«Trabajad por vuestra salvación con temor y temblor»* (Fil. 2,12). Dios quiere esta incertidumbre para mantenernos en la humildad y hacernos trabajar con empeño en nuestra salvación. Sin embargo, podemos tener la *seguridad moral* de poseer la gracia, si nuestra conciencia no nos reprocha nada, si amamos a Dios, a la Santa Iglesia, al prójimo, y si observamos fielmente los mandamientos.

2) *Desigualdad.* En la Biblia leemos: *«A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo»* (Ef. 4,7). *Todas estas cosas las obra el mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere»* (1 Cor. 12,1), y en el Conc. de Trento se nos dice claramente que la gracia de la justificación es distinta en todos los justos y Dios la da según la disposición y cooperación de cada uno (Dz. 799).

3) *Posibilidad de perderla.* Contra la doctrina protestante que niega las tres propiedades dichas, y que la justicia sólo se pierde por el pecado de incredulidad o cese de la fe fiducial, decimos con el Conc. de Trento que el esta-

do de gracia no se pierde tan sólo por el pecado de incredulidad, sino también por todo pecado grave (Dz. 808). El pecado venial no aminora el estado de gracia... La Escritura nos enseña con palabras y ejemplos (los ángeles caídos, el pecado de Adán y Eva, el de Judas, el de Pedro...), que es posible perder la gracia de la justificación. Jesucristo dice: *«Vigilad y orad para no caer en la tentación»* (Mt. 26,41). Basta saber que el hombre *es libre* y por tanto puede pecar...

280

¿Cómo se adquiere, cómo se pierde y se recupera la gracia? –La gracia santificante *se adquiere por primera vez* mediante el bautismo, o por la caridad perfecta con el deseo de recibirlo.

– Se *aumenta* por la oración, la recepción de los sacramentos y las buenas obras.

– Se *conserva* por la fiel observancia de la ley de Dios.

– Se *pierde* por el pecado mortal, pues por él se aparta el alma totalmente de Dios, ya que causa la muerte al alma.

– Se *recobra la gracia santificante* mediante una buena confesión o por un acto de contrición perfecta con el deseo de confesarse.

281

Doctrina acerca del mérito

Es doctrina de la Iglesia que todo hombre con la gracia de Dios puede adquirir méritos para el cielo, y por lo mismo todos los justos pueden merecer ante Dios. Jesucristo dice a los que saben sufrir por la juticia, o sea por lo que es justo y santo, por los intereses de Dios y de su

religión: *«Alegraos y regocijaos, porque grande es en los cielos vuestra recompensa»* (Mt. 5,12).

Toda recompensa supone mérito. Hay el llamado «mérito de justicia» que se funda en *una promesa de Dios,* vg. cuando Jesucristo dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17), tenemos en estas sus palabras *una promesa, y es la de darnos la vida eterna,* o sea, el cielo si cumplimos sus mandamientos. Entre el valor moral de la obra (cumplimiento de la ley de Dios) y el premio prometido hay igualdad. De aquí que digamos: todo obrero tiene derecho a su salario.

Hay otro mérito, llamado de *convivencia,* y es el caso en que se debe el premio por la liberalidad del que premia, y no por justicia. Es el caso del pobre que por su súplica dispone al rico a darle una limosna. Así el justo puede disponer favorablemente a la bondad de Dios para que le conceda sus gracias.

282

Condiciones del mérito. 1) *Por parte de la persona que merece,* que esté, como es natural, en esta vida (porque después de la muerte no se puede merecer) y que haga la obras *en gracia,* pues ninguna recompena puede esperar de Dios el que es enemigo suyo por el pecado (Jn. 15,5; 1 Cor. 13,2-3).

2) *Por parte de las obra,* que éstas sean moralmente buenas, sino, no serían dignas de premio; que sean hechas *libremente,* si no, no seríamos responsables de nuestros actos, y también *sobrenaturalmente* impulsadas y acompañadas de la gracia actual y nacidas de un motivo sobrenatural.

3) *Por parte de Dios que las premia,* se requiere *su promesa,* porque de otro modo nuestras acciones no tie-

nen razón de mérito. La promesa de Dios es la que nos confiere un verdadero derecho a la vida eterna (Sant. 1,12).

283

¿Puede merecer algo el hombre pecador? El hombre pecador, ayudado por la gracia, puede merecer para sí con mérito de *conveniencia* a título de misericordia, las gracias actuales que le diponen a la justificación, y también ésta si detesta el pecado, si ora y se convierte a Dios (Sal. 51,19; Lc. 18,9-14).

Los méritos se pierden por el pecado mortal, y *reviven* por la penitencia al recuperar la gracia santificante (Ez. 18,21; 33, 13,16).

284

¿Pueden ser pecaminosas las obras del justo? Los protestantes consideran injusta la doctrina católica sobre el merecimiento como un menosprecio de la gracia y de los méritos de Cristo, que satisfizo por nosotros, y por eso dicen que las obras del justo son pecaminosas porque el pecado sigue habitando en su interior, y no poseen valor meritorio. Mas en contra están estos textos:

1) Jesús promete a los afrentados y perseguidores por causa de El una rica recompensa en el cielo (Mt. 5,12).

2) La sentencia que da sobre los justos en el día del último juicio la funda en las obras buenas hechas por ellos (Mt. 25,34-35).

3) El motivo de la recompensa aparece en las palabras de Jesús: Mt. 19,29; 25,21; Lc. 6,38).

4) San Pablo recalca el valor meritorio de las buenas obras (Rom. 2,6; 1 Cor. 3,8).

5) En la Biblia se nos propone la vida eterna como re-

compensa y corona (Sab. 5,15; 2 Tim. 4,8; Sant. 1,12).

La gracia de la perseverancia final se puede alcanzar con mérito de *conveniencia* por la oración y fidelidad a la gracia recibida.

Para el mérito de *justicia* hay que estar en gracia, como tenemos dicho, pues Jesucristo nos dice: *«Como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece unido a la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en Mi»* (Jn. 15,4-5).

285

¿Se puede merecer por otro? Sólo Jesucristo ha podido merecer en *justicia* por otros, y cada uno de nosotros, en virtud de la «Comunión de lo Santos» podemos merecer con mérito de «conveniencia» gracias de conversión por los pecadores e infieles. Así sabemos que San Agustín fue convertido por las oraciones de su madre, y San Pablo por las de San Esteban... Todos, pues, podemos merecer en esta forma gracias *actuales* necesarias para evitar el pecado y adelantar en la virtud.

LA RELIGION

286

¿Cuál es la que debo profesar?

Lo primero y principal que debemos saber es para qué estamos en este mundo. Hemos hablado ya de Dios (núms. 1, 2 y sigtes), quien movido por su infinita bondad creó los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres y todo cuanto de bueno existe en el mundo.

La Biblia nos dice: *«Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio el dominio sobre toda la tierra... Diole inteligencia, lengua, ojos... para que viera la grandeza de sus obras, PARA QUE ALABARA SU SANTO NOMBRE...* (Eclo. 17,3 ss). El hombre, pues, está en esta vida para alabar y glorificar a Dios, su Creador, a cuyo conocimiento llegamos por la razón y por la fe de las verdades que El nos ha revelado (Ved núms. 84 y s.).

La revelación nos dice que no estamos en la tierra sólo para acumular terrenales tesoros, para alcanzar honores, para comer y beber, o gozar placeres de los sentidos, los cuales no pueden saciar nuestra alma y han de dejarnos en la muerte, ya que al morir nada podemos lle-

varnos de este mundo (1 Tim. 6,7), sino que, como peregrinos que somos, nuestro fin es el cielo, la bienaventuranza eterna, y para lograrla Jesucristo nos dice: *«Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17), y brevemente podemos decir: la bienaventuranza o vida eterna se alcanza por medio de *la Religión,* la cual se nos manifiesta principalmente en la observancia de los divinos preceptos.

287

¿Qué es la religión? La Religión es la relación del hombre con Dios por ser su Creador y su Padre. Dios es el Creador del mundo y del hombre. El hombre, por ser hechura de Dios, depende de El y a El debe adorarle y amarle.

Los dos polos necesarios a la esencia de la religión son el hombre y el mundo transcendente o divino, o sea, Dios y el hombre. Considerando unilateralmente uno de los polos, como relegando al otro a segundo plano, resultan concepciones erróneas y falsas de la religión.

288

La religión, considerada en cuanto al *objeto* o contenido de la misma, es el conjunto de verdades y deberes que relacionan al hombre con Dios, nuestro Ser Supremo, Creador y Bienhechor. (Esta relación es como el lazo que une al hombre con Dios).

La religión, considerada en cuanto al *sujeto* que la practica, es una virtud moral que le inclina a dar a Dios el verdadero culto.

Las verdades y deberes que tenemos para con Dios, o sea, los elementos de la religión son tres:

1.º *El dogma* o verdades que hemos de creer.

2.º *La moral* o mandamientos que debemos observar.

3.º *El culto* que debemos dar a Dios, o sea, la vida sobrenatural (gracia, sacramentos y oración, como medios de santificación.

289

Clases de religión. La religión se divide en natural y sobrenatural.

1) *La natural* se da cuando conocemos las verdades y deberes que tenemos para con Dios con solas las luces de la razón humana.

2) *La sobrenatural,* cuando las conocemos con las luces de nuestra razón, ayudada con la luz de la revelación divina. Por esto también recibe el nombre de *religión revelada,* que, como veremos, es la que nos viene de Dios.

290

Necesidad de la religión. Es necsearia porque nos consta por el hecho de la revelación que Dios ha hablado a los hombres y ha expresado su voluntad de que el hombre practique la religión, y además por la naturaleza de Dios y del hombre. ¿Quién es Dios y quién es el hombre?

– Dios es el Creador, luego el hombre, hechura suya, debe adorarle.

– Dios es el Señor, luego el hombre debe servirle.

– Dios es el Legislador, luego el hombre debe observar sus leyes o mandatos.

– Dios es el Bienhechor, luego el hombre debe darle gracias.

– Dios es Padre, luego el hombre debe amarle y comportarse como hijo.

Todos estos deberes del hombre para con Dios son *necesarios y obligatorios,* y el conjunto de todos ellos

constituyen la religión. Luego ésta es necesaria. Finalmente, la necesidad de la religión se funda también en las aspiraciones del hombre o tendencia innata de la felicidad, la cual sin Dios y sin religión no es posible alcanzar.

Nota: Para tener ideas claras plantearemos estas dos cuestiones: 1.ª Fenomenología del hecho religioso, y 2.ª Religiones existentes en el mundo. Luego terminaremos diciendo cuál es la verdadera religión.

291

Fenomenología del hecho religioso

La religión, en su sentido más amplio, es un fenómeno propio del conjunto de la humanidad. Y es un *hecho universal* porque abarca a todos los pueblos y a todos los tiempos, pues no hay pueblo ni tribu sin cultura que no haya admitido la existencia de un poder o ser trancendente, Ser Supremo, al que llamamos Dios, y con el cual debe el hombre vivir en estrecha relación para obrar rectamente.

En el siglo XIX, época del naacimiento de la «ciencia de las religiones», se trató de investigar cuál era el origen de la religión, y por el estudio de la etnología, la paleontología, la arqueología, el arte, etc., sacaron sus autores la consecuencia de que las creencias religiosas aparecieron juntamente con el hombre, y que en el estadio primero de la humanidad existía la creencia en un solo Dios.

Sólo los defensores de la teoría marxista, llevados por los prejuicios propios, sin duda de su ateismo, y sin aducir prueba alguna, dijeron que la religión había aparecido en una época más tardía.

Damos por supuesto que la religión existe, porque existe Dios creador y existe el hombre hechura suya, y por tanto éste es un ser dependiente de Dios.

292

El hecho religioso es universal. Entre otros muchos testimonios que lo comprueban tenemos los siguientes:

1) *Cicerón,* gran orador romano y político (106-43 antes de Cristo), dijo: «No hay pueblo tan salvaje, ni hombre tan rudo, que no crea en un Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste» (Pro Flav.).

2) *Plutarco,* escritor griego (46-120 d.C.), dijo: «Si recorres la tierra podrás hallar ciudades sin murallas, sin literatura, sin leyes, sin riquezas..., pero no hallarás ninguna sin templos, sin dioses, sin oraciones...»

3) *Séneca,* filósofo y escritor romano, que vivió en el siglo I d.C.: «Todo hombre tiene conocimiento de Dios y jamás ha habido un pueblo fuera de toda ley y moralidad que no crea en El» (Epit. 117).

4) *Los misioneros,* al hablar de tribus y pueblos incultos: australianos, los yamanas (estrecho de Magallanes), bosquimanos (sur de Africa), etc., dicen que, aunque han caido en grandes supersticiones y torpes fetichismos, reconocen al Dios, Ser Supremo, Creador de los cielos y del mundo.

No cabe duda que la religión es un hecho universal, y la Historia de las religiones nos demuestra irrefutablemente que no ha existido ningún pueblo sin religión... Además la creación entera nos habla de Dios, y por eso San Pablo llama a los paganos «inexcusables» por cuanto conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios (Rom. 1,21).

293

Conceptos materialistas sobre la religión

El doctor Koning, Cardenal Arzobispo de Viena, en

su libro: «Cristo y las religiones de la tierra», nos ofrece unas ideas claras sobre la concepción materialista del mundo y las tendencias que incrementaron el deseo de este materialimo, y así hemos de precisar más el valor absoluto de la religión católica. He aquí su pensamiento:

«Efecto del ateísmo materialista ha sido, curiosa paradoja, el que la preocupación de la ciencia por la religión en los últimos cien años no haya decrecido, sino aumentado considerablemente. Junto a la teología, y contra la teología tradicional, comenzó «la ciencia de las religiones» a introducirse en las universidades como una disciplina nueva, y se ocupó de la forma más intensiva de las religiones y de la aparición de los religiosos en la vida espiritual del hombre.

La lógica de la nueva concepción materialista del mundo exigía concebir el fenómeno de lo religioso –no sólo dentro de la religión cristiana, sino especialmente en todas las formas no cristianas– de una forma tal, que pudiera ser incluido sin contradicciones dentro de una tal concepción del mundo.

Dos tendencias incrementaron el deseo del materialismo en este aspecto: el racionalismo y el evolucionismo.

294

1) *El racionalismo* niega el mundo de lo suprasensible y de lo divino, y como principio filosófico rechaza la pretensión del cristianismo de poseer las fuentes de una revelación directa de carácter divino sobrenatural en el Antiguo y Nuevo Testamento, y dice que estos libros sagrados deben ser interpretados y valorados con los mismos criterios de los libros sagrados de otras religiones.

También la filosofía de la religión, contribuyó, a su manera, a una desvalorización de lo religioso. Era el in-

flujo de Kant, para quien la religión tenia sólo el valor de un postulado de la razón práctica.

En consecuencia, el racionalimo quería sostener que no existía comunicación revelada de Dios fuera del conocimiento de la razón.

295

2) *El evolucionismo* vino a decir que las religiones habrían llegado a ser, nacido y crecido de la misma forma que los demás seres y organismos vivos, es decir, que así como en la naturaleza todo evoluciona de la imperfección a la perfección, así también todas las formas religiosas menores y más sencillas deben ser situadas en el principio, y las más elevadas, consideradas como producto de una más larga evolución.

Desde un estadío arreligioso, la religión «se desarrolló» paulatinamente, alcanzando, tras de pasar por diversos grados, la máxima perfección y pureza.

El primero en utilizar en nuestro campo la idea de la evolución fue H. Spencer, y luego el etnólogo E.B. Tylor, y también J. Lubboch, inglés, cercano en sus ideas al marxismo y otros siguieron la teoría evolucionista, y con ella intentaban demostrar cómo la religión se había ido desarrollando paulatinamente..., y que la historia de esta evolución muestra la inexistencia de un ser divino transcendente, porque la causa de la religión no está en otro, sino en este mundo, es decir, exclusivamente en el hombre mismo.

El materialismo y el evolucionismo se unieron para buscar el origen de la religión no en el más allá, sino en el más acá, en la peculiaridad del hombre...

296

De aquí surgieron pensadores como *Feuerbach,* que

vino a decir que la religión no tiene su fundamento en una realidad del más allá, sino que es creada por los hombres, y así dice: «No fue Dios el que creó al hombre a su imagen, como dice la Biblia, sino que el hombre creó a Dios a su imagen». (De esta doctrina participaría luego Marx).

– *E. Durkheim,* el padre de la sociología científica, pretende concebir la religión como una función de la sociedad humana. Para éste como para otros la religión era una ficción y no tenía un valor de verdad sino de utilidad.

– *Nietzsche, Wundt, Darwin, Freud, A. Adler* y otros buscan también las raíces de la religión en el hombre, y *Hume y Straus* dirán que en la impotencia del hombre.

297

Una reacción contra estas teorías. Esta forma de pensar racionalista y materialista halló una fuerte reacción por *Rudolf Otto, M. Scheler* y otros, pero aunque conocen el profundo arraigo y la vocación transcendente de lo religioso en el ser todo del hombre, por otro lado destaca tan fuertemente lo irracional, que el contenido objetivo de la religión corre el riesgo de disolverse en lo subjetivo y en lo inmanente.

Además su postura abierta a todas las formas de aparición de lo religioso experimenta una peligrosa restricción por su negación de la *ortodoxia,* es decir, de la posibilidad de una revelación sobrenatural como la conciben no sólo los católicos, sino también los protestantes.

En conclusión: El análisis racionalista y evolucionista del cristianismo no han logrado refutar que el origen del cristianismo sea sobrenatural.

También *H. Gunkel, Bultmann* y otros han fracasado en su origen «sincretista» o mezcla de religiones...

La fenomenología de la religión, tal como muchos la

presentan, parte del mismo presupuesto que la «historia comparada de las religiones»: que entre las distintas religiones no pueden existir ninguna diferencia esencial.

298

La comparación de las religiones

He aquí las palabras del citado doctor Koning, que nos vienen a resumir todo lo dicho de las dos tendencias filosóficas que han pretendido desvirtuar el cristianismo afirmando que todas las religiones son iguales.

«Como consecuencia de estas dos tendencias (racionalista y evolucionista) nació en el siglo XIX la historia comparada de las religiones, a la que movía la secreta intención de demostrar que el cristianismo era una magnitud relativa y no absoluta, nacida y crecida como todas las demás religiones y cuyo origen no era más ni menos divino que el de las otras.

Y, en consecuencia, que no había diferencia entre religiones verdaderas y religiones falsas. Así, pues, no fue el contacto entablado con las religiones alienígenas, sino la situación espiritual del siglo XIX, lo que hizo que de ese contacto naciera la moderna ciencia de las religiones con sus distintas disciplinas (filosofía de la religión, historia de las religiones, psicología de la religión, fenomenología y sociología de la religión) con la intención de valerse de ella como arma contra el cristianismo.

En esta confrontación comparativa del cristianismo con las religiones no cristianas lo que importaba no era demostrar, como en la época primitiva de la cristiandad, la superioridad del cristianismo y su valor absoluto, sino el presentar el cristianismo como una magnitud relativa, el caracterizarlo como una forma de religión que, aunque resalta con mayor pureza y elevación que las otras los va-

lores religiosos, no se diferencia de ellas más que en grado y no en esencia».

299

El cristianismo es una religión incomparable

La persona de Jesús y el prestigio de su Evangelio superan a los fundadores de otras religiones. (N.º 323).

Se hablará de ciertas semejanzas entre cristianismo y otras religiones, pero «una analogía no es una igualdad».

El cristianismo debe su origen a una intervención directa de Dios en la historia humana. Y es de lamentar que esto apenas se estudie, ni siquiera como posibilidad, ni se intente una discusión de este problema, como nota ya el doctor Koning, y ¿por qué?, porque dados los puntos de vista racionalista y precientífico de que se parte, no puede ser tomada en consideración, pero nosotros hemos de subrayar que esa afirmación es una idea esencial al cristianismo.

La pretensión cristiana de validez absoluta no es una afirmación hecha por los prosélitos del cristianismo, sino algo contenido en la esencia del mensaje cristiano, el cual debe ser estudiado a fondo.

Al terminar el estudio de las diversas religiones existentes debemos reconocer que la verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que El nos ha revelado y que podemos conocer por señales ciertas e infalibles: los milagros y las profecías.

Esta religión es la cristiana, la fundada por Jesucristo, la única verdadera, la que debemos profesar para salvarnos.

Sólo la Iglesia católica tiene la verdadera fe o doctrina enseñada por Jesucristo, porque sólo ella la recibió de El

y de sus apóstoles, y la ha conservado sin alteraciones hasta nuestros días.

No puede haber más que una religión verdadera, porque no hay más que un solo Dios y una manera de honrarle.

300

TIPOLOGIA DE LAS DISTINTAS RELIGIONES

Historia de las religiones

Este es un tema muy amplio que necesitaría una obra extensa (el Dr. Koning le dedica tres tomos, ya conocidos, editados por la BAC, que recomiendo a los estudiosos). Por mi parte me voy a limitar a compendiar y dar una idea de las diversas clases de religiones existentes, enumerando las más importantes y conocidas, dando un breve juicio para que todos puedan tener una idea clara sobre las mismas.

RELIGIONES EXISTENTES EN EL MUNDO

Las grandes religiones modernas las podemos reducir a cuatro:

- El HINDUISMO y BUDISMO *(politeístas,* que adoran a muchos diose).
- EL MAHOMETISMO, CRISTIANISMO y JUDAISMO *(monoteístas,* que adoran a un solo y único Dios verdadero).

Otros reducen las religiones a estos tres grupos:

1) El *Paganismo*, conjunto de religiones politeístas,

que no dejan de tener algunas doctrinas piadosas y hasta morales, pero desfiguradas, como (el Confucionismo), hinduismo, budismo, etc.

2) El *Judaísmo* y *Mahometismo o Islamismo,* que son monoteístas y tienen sus puntos de contacto con la Biblia.

3) El *Cristianismo*, monoteísta, con bautismo y fe en Cristo.

Vamos a hablar de todas estas religiones de las que haremos un breve resumen, para darlas a conocer, mas antes diré unas palabras del *Confucionismo* (que otros prefieren decir *Confucianismo)*, religión antigua, atendiendo a su influjo, hoy decadente.

301

RELIGIONES NO CRISTIANAS

«La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres.

»Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo que es *el camino, la verdad y la vida* (Jn. 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa...» (NA. 2).

El Confucionismo

El Confucionismo no es una religión, sino más bien un sistema filosófico o una moral fundada en el amor y en el respeto mutuo atribuido a *Confucio,* filósofo y gobernante chino (551-478 a. C.), el cual gozó de gran veneración hasta el punto de llegar a ser adorado en templos

propios como santo nacional. Su doctrina religiosa ha sido profesada principalmente por chinos y japoneses.

El Confucionismo reconoce al «Dios del cielo» y al «Soberano de la tierra» (son las dos principales divinidades antiguas con sus sacrificios y ritos).

El representante del Dios del cielo en la tierra es el Emperador. La segunda divinidad tenía a sus órdenes otra serie de dioses regionales y locales.

En el siglo anterior a nuestra era, fue elevado el Confucionismo a religión del Estado (y tuvo que luchar con el *Laoísmo,* otra religión llena de supersticiones, creada por *Lao-Tse,* contemporáneo de Confucio), y persistió como religión oficial hasta 1912, en que tuvo lugar el cambio de régimen político en China, y su enseñanza dejó de ser obligatoria en las escuelas.

Con estas religiones se mezcló, durante el primer siglo de nuestra era, la religión budista, procedente de la India, la que se extendió rápidamente por todo el país.

302

El hinduismo

El *hinduismo* es hoy la religión oficial de la India, país eminentemente religioso, como lo prueban sus muchas y grandes pagodas o templos, y porque no conciben la literatura, el arte o la poesía sin que sean religiosos.

Sus libros sagrados. Los más antiguos eran los *Vedas (Veda* significa «ciencia», «conocimiento», «doctrina sagrada»). Estas escrituras sagradas constituyen la base de su religión, que procede del *brahmanismo* con incorporaciones de elementos extraños, y por eso hoy algunos lo llaman *neobrahmanismo,* que se reduce a un sistema oficial y religioso y se remonta a la religión de los Vedas.

Se funda en el culto a Brahma y en el sistema jerár-